

LA VIDA EN IMÁGENES

Por Daniel el Travieso

Siempre me ha sorprendido, enormemente, estar en un lugar, en alguna fiesta o, simplemente, en reuniones con amigos, compartiendo conversaciones, y, de repente, en tu mente, parece que ese lugar, esa fiesta o esa conversación, tal y como se está desarrollando, ya ha sido vivida en otros momentos, en otras épocas, por nosotros. Es un segundo, quizás mas, y haces un esfuerzo por recordar aquella circunstancia. Nunca se asocia y, en breve, todo vuelve al total olvido.

Hay otros momentos que la situación que se está viviendo, ofrece imágenes que, como en los puzzles, después de encajar entre ellas, nos dan una realidad que, de otra manera, no es posible advertir. Esto sucedió en el mes de Junio del año 2012. Un grupo de amigos participamos en un viaje cultural. Después de visitar el Monasterio de la Vid y Aranda de Duero, de regreso, nos detuvimos en Ayllón (Segovia). Bellísimo pueblo medieval.

Hacia un calor sofocante y después de la visita guiada por la Villa, recabamos en la plaza, lugar emblemático y representativo del lugar. Era el momento del descanso y de aplacar la sed. Una terraza situada a la puerta de un hotel, a la sombra, debajo de los soportales, era el lugar idóneo, para ello. Descendimos unos escalones y ocupamos unas sillas alrededor de una mesa. Desde allí, se contemplaba toda la plaza con una perspectiva inimaginable. La vista casi al nivel del suelo y enmarcada por los pilares de ~~madera~~ que forman la estructura del lugar.

De repente, casi sin darnos cuenta, ante nuestros ojos, como si se hubiera descorrido el telón, esa plaza, se llenó de imágenes. Era como si estuviéramos en un teatro. Los actores en el escenario, nosotros en el palco. Era increíble poder contemplar el discurrir del tiempo.

Allí, estaba una joven pareja, a la sombra, sentada en un banco; él contemplando embelesado la tripa redonda y prominente de la mujer, mientras, ella se la acariciaba con mimo y dulzura. En lugar destacado, en el centro, unos niños, vestidos con las camisetas de sus ídolos futbolísticos, corrían tras un balón que nunca paraba. Igual que sus voces de aprobación o queja, según el lance. Una pareja de ancianos, apoyados en sus bastones, caminaban despacio, muy despacio, intentando atravesar la plaza. Indiferentes a todo. Eran como dos seres solitarios, como salidos de otro cuadro.

Una música, que salía por las ventanas y las puertas abiertas de los bares de alrededor, sonaba estridente, con letra incomprensible para la mayoría de los presentes, incluido los jóvenes que, mientras movían su cuerpo, sin llegar a bailar, imitaban su sonido mientras consumían la bebida. En su afán de ser oídos, entre el bullicio, gritaban de forma exagerada creando un ambiente de caos y confusión. Apartados y ajenos a todo, una pareja de adolescentes, abrazados, se besaban sin descanso, con vehemencia.

Unos vecinos paseaban despacio, charlando, disfrutando de sus momentos de ocio. Otros, caminaban más deprisa, buscando, precisamente, ese momento. Los turistas, cámara o teléfono móvil en mano, no paraban de hacer fotografías para recordar ese

día. Algunos, más, combatían el calor, consumiendo un helado que degustaban, lentamente, con una pequeña cuchara de plástico.

En ese ambiente, casi festivo, se encontraba la plaza, cuando, a lo lejos, se oyó, tenue, el sonido de una campanilla. Poco a poco, ese sonido se fue haciendo mas intenso. Entonces la actividad de la plaza cesó, de repente. Paró la música, los gritos, los murmullos, se detuvieron los paseantes, los transeúntes... solo seguían en su empeño los niños, jugando al balón, y la pareja de adolescentes, buscando el beso eterno. Desde ese momento todos tenían un objetivo común: mirar, interesados, hacía el lugar de donde procedía el sonido de la campanilla y conocer el motivo de la interrupción. A cierta distancia, apareció la figura de un sacerdote que , vestido con una camisola blanca , acompañado por dos niños, con igual ropaje, encabezaban un cortejo fúnebre. Tras ellos, el coche, con el cadáver del finado, portaba,, también, coronas y flores como símbolo del último homenaje a un ser que abandonaba este mundo. La marcha, atravesando la plaza, hacia el cementerio, era lenta, muy lenta. Parecía que nadie quería llegar al final. Después de varios minutos, el cortejo fúnebre desapareció, de la vista de todos, camino del camposanto. Enmudeció el sonido de la campanilla y, de nuevo, la plaza volvió a su actividad. Era como si, de repente, se hubiera apagado la luz. Era como si esos minutos no hubieran existido, nunca. El tiempo, quizás, se detuvo.

Sentado en la terraza, consumiendo un refresco, me pareció que el tiempo se había detenido. Volví, de nuevo, la vista hacía la plaza y, entonces, me dí cuenta de la realidad. Allí, unas escenas cotidianas, me enseñaron la filosofía de la vida. ¡Si!, era cuestión de unir las imágenes que había contemplado esa tarde y el concepto de la

vida aparecía ante mí. En unos instantes, sin querer, los cimientos en que se basa la vida estaban delante de todos nosotros. La ilusión, la esperanza, la infancia, el esfuerzo, la vejez, el dolor, el amor, la alegría, la pena, el ruido, los silencios, el respeto, las emociones, y, también, la muerte..... y la busca de la eternidad.

El reloj del Ayuntamiento hizo sonar las ocho campanadas de la tarde. Era el momento fijado para tomar el autobús y regresar a nuestra localidad. Abandonamos la terraza, y cogidos de la mano, nos alejamos, pausadamente, del lugar donde una tarde, de un mes de Junio, unas imágenes nos dieron una lección de vida. En el asiento del autobús, poco después de partir, al cerrar los ojos, nos refugiamos en los recuerdos. Deseaba ir acompañado de muchos sueños. Y,.... sin querer, aparecieron otros dos cimientos de la vida: recordar y soñar.